

Cierre: cartografías, isoglosas...

Luego de quemar su boca con carbones ardientes, el pequeño Moisés, recordábamos en nuestra "Introducción", lograba salvar su vida al mostrarse aún sin capacidad de discernimiento. Con todo, sobre esta lectura mítica, Freud convertía la quemadura de la lengua en indicio de cierta inquietud del origen, de cierto —como lo dice Burneo Salazar (2017) en relación con los escritos bilingües— "estado filial irresoluto" (52), pues esa quemazón estaría pretextando la condición de un sujeto sospechosamente balbuciente, torpe en el habla de su comunidad, extranjero. Curiosamente, es a este sujeto fronterizo al que se le asigna, divinamente, la fundación de un origen, de un pueblo, de una nación. Aun cuando nada se nos diga sobre la lengua de Moisés durante la travesía por el desierto, podemos imaginar que la voz de Dios que Moisés intenta llevar a su Pueblo es una voz diáfana y luminosa, tan rígida y pura como los severos y precisos mandamientos que Moisés bajará del monte y que quebrará frente a la insubordinación de su Pueblo dado, una vez más, a la dispersión politeísta. Si convocamos el mandato divino a otro fundador ("Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré" se le ordena a Abraham; Génesis, 12:1), podríamos concluir que Dios parece exigir con asiduidad la desterritorialización para poder erigir, paradójicamente, su ley y su territorio, como si la instauración de la Ley no pudiera hacerse sin echar mano de figuras desenraizadas y desplazadas. De forma similar, el "hispanohablante no español"

Aguilar, narrado por Bernal Díaz del Castillo, termina, al igual que el náufrago Alvar Nuñez, como mediador al servicio de la nueva ley y territorialidad de la Corona. Por cierto, el rescatado Aguilar les aconsejará a los indios que “siempre tuviesen acato y reverencia a la santa imagen de Nuestra Señora y a la cruz” (Díaz del Castillo, 1977: 104) y Alvar, tras su deriva de ocho años, ordenará que sobre el suelo indígena se “hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas” (Nuñez, 1971: 92). Si bien esta mediación no les garantiza una inscripción neta en alguna identidad (Moisés, como sabemos, morirá antes de pisar la tierra prometida, y Alvar nunca deja de ser objeto de la precavida y suspicaz cautela de sus superiores)³¹⁰, la lógica de estos relatos (quizás más ricos para figurar la alteridad lingüística que el propio mito de Babel) parece decirnos que no hay ley o identidad que no se asiente sobre la acaparación de lo disimil y desentizado; aquello que es, por otro lado, su constante riesgo y amenaza. La Lengua de Dios y la Lengua de la Corona se fundan así sobre las torpezas lingüísticas de Moisés y sobre el español “mal mascado y peor pronunciado” de Aguilar, balbuceos que

³¹⁰ Por cierto, la figura intermediaria entre indígenas y españoles en que se convierte Alvar Nuñez, por más que sea de provecho para estos últimos, también busca ser neutralizada. Así, los superiores de Alvar mandan apartar a este y a los suyos de la “conversación de indios” (Alvar, 1971: 89) y Estebanico “el negro” vuelve a oficiar de traductor (aparentemente más confiable que el aindiado Alvar; ver Glantz, 1992: 109). La cautela de los españoles en relación a Alvar deja en evidencia que su fronteriza condición podía llegar a ser un riesgo para el dominio colonial, ya que Alvar poseía un trato con lo indígenas que desbordaba el control meramente militar de estos por parte de los españoles. En relación con Aguilar, sabemos que se convertirá en un traductor de lo más útil para Cortés, aunque su ambidestra figura no pueda dejar de ser leída sin ser confrontada con la de Guerrero, el español que antes que volver con los invasores prefere quedarse con los indígenas pues “estaba casado y tenía tres hijos, y que tenía labrada la cara y horradadas las orejas y el bezo del brazo” (Díaz del Castillo, 1977: 103). Para los españoles, Guerrero ya se ha convertido decididamente en otro, mientras que Aguilar les significa una redituable (y peligrosa) extrañeza.

son índices de una otredad que es convocada al mismo tiempo que se la proscribe y conjura.

En los términos de nuestro trabajo, si consideramos que en la zona enfocada, la pampa, ha sido el puerto la boca por la que se han vertido las sonoridades, ritmos y léxicos de lenguas que viene a desestabilizar el supuesto orden de un sistema de legitimaciones. Por otro lado, el carácter de ley de este sistema, su pretensión de lengua consolidada y su resistencia a aquellas sonoridades (o “vocinglera energía”, para retomar nuestro epígrafe), podría ser figurado con el concepto de diccionario tal como es entendido por Orlandi, es decir como una pieza fundamental (junto a la gramática) del imaginario que hace de la lengua “un instrumento domesticável, representando, por su vez, o controle que o sujeito teria de sua relação com a língua” (Orlandi, 2000: 99)³¹¹. Por colocar un nítido ejemplo, Lauria (2020) estudia el caso del *Diccionario etimológico del castellano usual* (1931-1938) de Leopoldo Lugones y rastrea textos anteriores de este autor que anticipan la política lingüística adoptada por esta obra, centralmente la *Didáctica* de Lugones de 1910. Vale para comprender que “la elaboración de un instrumento lingüístico implica siempre la construcción de una lengua y de un saber acerca de ella” (Lauria, 2020: 639) la siguiente cita de la *Didáctica*:

La inmigración cosmopolita tiende a deformarnos el idioma con aportes generalmente perniciosos, dada la condición inferior de aquella. Y esto es muy grave, pues por ahí empieza la desintegración de la patria. La leyenda de la Torre de Babel es bien significativa al respecto: la dispersión de los hombres comenzó por la anarquía del lenguaje” (Lugones, 1979: 285, *apud* Lauria, 2020: 642).

³¹¹ “un instrumento domesticable, que representa, a su vez, el control que el sujeto tendría de su relación con la lengua”.

De todas maneras, la relación entre el puerto y el diccionario (de la misma manera que el *Moisés-egipcio-hebreo* o el *Aguilar-hispanohablante no español*) no debe reducirse, para que su interdependencia rinda en la lectura, a la mera dicotomía. Lo portuario es la fuga del diccionario y este, a su vez, la confictiva pero inexorable y progresiva legitimación de lo portuario. Incluso metodológicamente el puerto se escucha como desmesura y excedente sobre el fondo o grado cero del diccionario, cuyo carácter siempre incompleto en relación a lo fluido de la lengua se percibe gracias a aquella resonante y exterior desmesura. En este sentido, y de forma análoga a los dos puntos con que Alemán (2012) afronta los términos disyuntivos de “Soledad” y “Común” para poder pensar “la misma matriz significativa en la que estos términos] se constituyen recíprocamente” (Alemán, 2012: 23), recurrimos aquí a los “dos puntos” (Puertos: Diccionarios) para decir sino el “mismo hiato ontológico, la misma brecha incurable” en la que aquellos términos se articulan en Alemán (23), sí la misma condición siempre ausente de la lengua, su fantasmática condición de objeto menos empírico que imaginado: un deseo o coherción de la gramática y determinado juego de poder. La falta como “error” (es decir lo portuario) y la falta como “carencia” (es decir el diccionario) dirían así aquella Falta que habilitaba a Fritz Mauthner (filósofo del lenguaje intermitentemente citado por Borges) a preguntarse por el (imposible) lugar de la lengua. Bajo el ítem “En parte ninguna lengua madre” Mauthner (1911) escribe que

¿Dónde está la realidad de este lenguaje? ¿Dónde en todo el mundo? (...) ¿Dónde está pues la realidad del abstracto “lenguaje”? En el aire, entre los hombres, en el pueblo. Así es que nadie puede alardear de conocer su propia patria (...) El lenguaje patrio es común; a la manera que lo es el horizonte; no hay dos hombres que tengan el mismo horizonte, cada uno es el punto medio del suyo (Mauthner, 1911: 47).

Es a partir de esos “dos puntos” que hemos indagado nuestra zona de interés, la literaria desde la pampa, vislumbrando nuestro primer momento y en la génesis de su modernidad, un conmovedor sistema de exclusiones o corrección de lo considerado “agramatical”. Repitiendo aquí la pregunta de Metastasio en *conciencia de presa* (1912) que ha servido de epígrafe a nuestro segundo capítulo (“¿Adónde vamo a pará cun idioma?”) diríamos la lengua literaria legítima debía “parar” o detenerse, para la vanguardia martinferista, en algún punto; un punto antes, preferentemente, del temido abismo de la barbarie (es decir, de lo portuario). Por solo poner un ejemplo de los que hemos estudiado, podríamos recordar que los diáfanos aforismos de Antonio Porchia (inmigrante calabrés) hayan sido para *Sur* (y pese a la recomendación del propio Borges), objeto de corrección a la hora de su publicación. ¿Serían las voces de Porchia demasiado “agramaticales” para las concepciones literarias (o al menos editoriales) de una revista tan signada, aparentemente, por lo universal? A diferencia de Witold Gombrowicz (que ruidosamente jamás dejó de recordar el “ninguno” de *Sur*) Porchia, fiel a su estilo, agradeció la invitación, pero pidió, al enterarse que sería publicado con “correcciones”, que le devolvieran los manuscritos con sus “voces”.

La autoinculpación de Metastasio en el referido epígrafe no es circunstancial. Las diferentes manifestaciones del llamado “género chico criollo” son abundantes en este tipo de culposa exposición de la “barbarie”, a lo que debe sumarse el registro elegíaco por la desaparición de aquello que lo portuario estaría desplazando: lo criollo. Sobre la cuestión, ya se ha afirmado que en estos géneros populares “cualquiera (léase: cualquier criollo) puede desaparecer sin que el hecho asombrase a sus pares” (Marco, 1974: 360): “Ya he llegado a no ser nada en esta tierra; ni una muerte tranquila me han dejado” dice el agachado Don Juan en *Música criolla* (1906) de Pacheco, y —empalmado subrepticiamente con el entonces trágico presente argentino— oiremos

decir al criollo Wenceslao de Copi, ya en la escena final, que se va "desapareciendo".

El sentimiento de usurpación que los géneros populares argentinos admiten frente a lo "criollo", a lo colocado como natural y propio de la tierra, no es un sentimiento extraño si pensamos que estos géneros, cruciales en tanto representación de los sectores inmigrantes, han sido explotados, en gran medida, por inmigrantes o hijos de inmigrantes. Aun cuando se refiera a otro espacio de conflicto, Sayad (1988) describe una situación similar al analizar la absorción del "esquema 'nacionalista'" (Sayad, 1988: 285) en el discurso social sobre la inmigración en Francia. Según Sayad, "a primeira reação de todos os estigmatizados é reivindicar o estigma pelo qual são discriminados" (Sayad, 1988: 285)³¹². Para el discurso social sobre la inmigración (y para los propios inmigrantes que lo introyectan) el inmigrante será así un usurpador y, en el peor de los casos, como lo figura fantasmalmente el autofuncional narrador de *Le bal des folles* de Copi, un potencial delincuente y asesino. Constituye, por cierto, un gran éxito de la clase dirigente argentina el hecho de que los propios inmigrantes se representasen a sí mismos como moralmente promiscuos y como dados a una lengua bestial. Se diría que por detrás de la preocupación moral por la vida sexual de la mujer (el consabido mal camino del conventillo al "cabaré") y por la capacidad laboral del hombre, por detrás de la filial vergüenza por la siempre macarrónica lengua de sus padres (la moralidad social y la moralidad lingüística parecen marchar siempre de la mano), se esconde el pavor de una elite evidentemente desacosumbrada a las contradicciones propias de los procesos de modernización.

Ni siquiera el lunfardo, quizás la creación lingüística más original que pergeñan los géneros populares argentinos, escapa

³¹² "La primera reacción de todos los estigmatizados es reivindicar el estigma por el que son discriminados".

a esta vil representación. Suerte de "criollo" degradado a la babélica condición urbana, idiolecto por antonomasia de los compadritos, esta lengua será formalizada y estudiada como argot propio de delincuentes. Es curioso que, en este aspecto, como tanto al Borges de *El tamaño de mi esperanza* (1926) como al ya depurado de toda tentación criollista le produce esa "inflame y las palabras se insolentan como empujones y son trampas como naípe raspado" (Borges, 1996: 122). En el fondo, si la lengua criolla al menos le había merecido a Borges el pecado juvenil de *El tamaño de mi esperanza*, el lunfardo nunca pasó de ser más que "una jerga artificiosa de ladrones" (Borges, 1996: 121) solo digna, como lo demuestra Domecq, de la furiosa ralea suburbana. En este sentido, y a pesar de sus propias declaraciones, en el Borges criollista no solo resuenan ciertas esperanzas del francés Lucien Abeille cuando en *El idioma nacional de los argentinos* (1900) depositaba en lo criollo sus "científicas" observaciones lingüísticas sobre la conformación de una supuesta lengua nacional, sino también, y principalmente, se encuentran en aquel Borges los pruritos de la clase dirigente argentina que, ante lo que sentía como el peligro de los "parásitos de nuestra riqueza" (Martel, 1905: 11), había erigido el monumento gaucho; como si lo criollo, depurado de toda "jergonza" portuaria, pudiera evitar la conjurada amenaza del créole.

Sarlo (1996) dirime estas controversias lingüístico-literarias del primer tercio del siglo XX entre un "cosmopolitismo legítimo y un cosmopolitismo babélico" (Sarlo, 1996: 171), es decir, entre una "buena heterogeneidad" y una "heterogeneidad conflictiva" (174). Si esta última es la de los inmigrantes, la primera es la de aquellos que pueden hablar otras lenguas porque tienen el castellano asegurado por nacimiento. Una escena, convocada por Sarlo a partir de un texto de Victoria Ocampo publicado en *Sur* (no. 3, invierno de 1931), gráfica de forma estupenda a la "buena

heterogeneidad". En esta escena, la crítica argentina describe a Victoria Ocampo escuchando "los sonidos de las palabras francesas (palabras de la cultura, de las fábulas, de los cuentos de hadas, leídos por su institutriz)" mezclados "con los ruidos de la esquila" (Sarlo, 1996: 174) de las ovejas de su familia.

Nos preguntamos, a partir de esta imagen emblemática en la que Sarlo reconoce la síntesis del capital económico y simbólico de la oligarquía nacional, por el sistema de sugerentes imposibilidades y productivas represiones que trazaría la lengua argentina. Si la lengua del monumento (por definición algo anclado en el pasado) es imposible de hablar, y si el barbarismo (lo extranjero) y aun el entremedio (el delicencional lunfardo o el risible cocoliche) deben —como le enseñaban a Molloy— reprimirse, ¿en qué lengua, al fin, debe hablarse? La escuela pública, podemos arriesgar, supo esculpir la norma de lo que debía ser el habla de los sectores medios, aquella que Manuel Puig imagina/entreoye entre el cotilleo de pasillo, los subtítulos del cine masivo y las habladurías de las cajeras de "Al Barato Argentino". Entre la férrea represión de los barbarismos, la ocasional filtración del condenable lunfardo y las reliquias patrióticas de la gauchesca se erige la belleza *kitsch* de una lengua que oscila entre el precario ornato de su pretensión y la riqueza plebeya de su fundamento, demostrando que si las esperanzas artísticas en "El idioma de los argentinos" (1928) o el espectacular desarrollo de la cultura popular hasta mediados del XX no consiguieron hegemonizar el paradigma de la cultura letrada, sí fueron capaces de infundir, para hablar con Gombrowicz, *la fuerza de su bajeza* a la lengua nacional. Entre el pudor de equivocarse o de delatarse, la simulación de la altura (de eventuales toques modernistas) y el literal exabrupto (por lo general, siempre dicho en lunfardo), "lo portuario" emerge en la falta de reticencia, en una artera sexualización de la palabra y en la liberación de todo aquello que el sainete, aun representándolo, condenó. Es Perlongher en los años 80 derruyendo la elegía del patriótico monumento gauchito

través de la obscena exhibición de todo lo que este debió ocultar para cimentarse y construirse (la "turbia" herencia de sus afro-negrismos, indigenismos, arcaísmos españoles y restos del caló y de la germanía). Es Copi, por los mismos años, encontrando, en la masculinizadas "performances" de Tita Merello y en diversas letras de tango la voz para su impertinente Cachafaz: una voz que evidencia, a partir de la relectura de la tradición popular rioplatense, la asimetría entre lengua y género que caracteriza en gran parte, su localmente "inaceptable" vanguardia popular y exiliada, aquella que se inficiona incluso en la plebeya habla francesa de su travestida y transnacional *Eva Perón*.

Del lado de las escrituras renuentes a escuchar la "infame jergonza" portuaria no son menos los desafíos. A diferencia de los modelos centrales, no existiría en la Argentina ningún posible recurso a las *Belles Lettres*, a un monumento que, anclado en el pasado, dictase las normas del buen idioma nacional. Por cierto, el viejo monumento gauchito, aquella entelequia pergeñada como resistencia frente a lo que se percibía como aluvión trasatlántico, se revela, como lo manifiesta el propio Borges en *El tamaño de mi esperanza*, singularmente incapaz de generar un nuevo José Hernández, esta vez urbano: "pero esa novela o epopeya aquí barruntada, ¿podría escribirse toda en porteño? Lo juzgo muy difícil" concluía el ya escéptico Borges criollista (Borges, 1996: 126). Refugiarse en una lengua extranjera como forma de filiarse a una supuesta tradición clásica no dejará de ser, entonces, un síntoma de esta nostalgia de (imposible) pasado. A su modo, Héctor Bianciotti, resistiéndose al circuito popular que le hubiera correspondido en tanto hijo de inmigrantes, deja transparentar en su opción por la diafanidad del francés clásico (al que lo había arrastrado su fascinación por los códigos cosmopolitas y civilizatorios de la alta clase porteña) esta desplazada posibilidad de las letras argentinas. Por su parte, el italiano depurado de toda tentación dialectal de Juan Rodolfo Wilcock, aun ofreciéndose al servicio de una estética

disonante, se trata de un toscano compatible con las esperanzas clásicas de la Italia de los '50 y, en este sentido, puede entenderse como cierta pervivencia de la frustrada esperanza de una lengua clásica escrita en castellano tal como la había intentado antes de radicarse definitivamente en Europa.

Señalo estas opciones, marginales y quizá asimétricas en su calidad y persistencia, porque trazarían los límites o bordes para la zona más legitimada de la literatura argentina: el final monumento borgeano. Si bien siempre resulta más difícil determinar la "bondad" de un sistema que su desvío (ya que la transgresión convoca irrevocablemente a la norma que, en última instancia, la sustenta) creo que no es imposible señalar los mojones que el paradigma borgeano se estaría dando como infranqueables fronteras: la "jerigonza portuaria" de un lado y el purismo clasicista del otro.

Hemos indicado ya, en la primera parte de este "Cierre", las razones ideológicas que determinan la infranqueabilidad lingüística del primero de aquellos límites. Respecto al segundo, queda claro que sería bastante injusto liquidar la escritura borgeana bajo el mote de clasicista. Nada para demostrar esto como su pensamiento sobre la traducción, tarea que forzosa-mente reflexiona sobre qué modelos de lengua se ponen en juego durante su práctica. Para ser breves, podríamos recordar que mientras el clasicista Wilcock posee una concepción de la traducción como operación que "necesariamente" debe restringir la polisemia y la ambigüedad (Buffoni, 2002: 121), la renuencia de Borges a pagar por entero la deuda para con el original (para hablar con Derrida en *Torres de Babel*), lo excluye de todo imaginario purista aunque esto, claro, no signifique en absoluto celebrar la materialidad y el "descontrol lingüístico" que suponen los textos del circuito popular. Quizás por esto Cabrera (2016) posicione la política traductoria de Borges en un significativo punto de difracción. Luego de destacar cómo Borges, en los ensayos "Las versiones homéricas" (1932) y "Los traductores de las

mil y una noches" (1935), anticiparía los cuestionamientos del concepto de originalidad, apunta que "[...] de forma paradójica, si bien Borges cuestiona el carácter secundario de la traducción y de la originalidad del texto original, sostiene su práctica traductoria en la propiedad heredada de la lengua" (Cabrera, 2016: 82). La relativización borgeana del texto original se formula así desde lo que Sarlo (1997) llamaba la "heterogeneidad legítima" sin por ello darse a la condición fronteriza de la heterogeneidad conflictiva y babélica. Si representáramos la "jerigonza" inmide equilibrio borgeano pueda ser representado por la doble o triple entrada de un prójimo diccionario multilingüe: un espacio de orden, pero también de poliglottismo fervoroso que Steiner prefería describir con la ya tan trasegada categoría de *extraterritorialidad*. La legitimidad de la literatura en la modernidad pertenece a aquellos que trabajan la propia lengua como si no lo fuera, pero sin caer, al menos en el caso argentino, en los "errores" (u "horrores") del inmigrante.

En el trazado de trémulas isoglosas que imaginasen o cartografiasen un posible mapa glotopolítico de la literatura argentina, podríamos arriesgar un centro vacío o, en todo caso, literalmente extranjero (el ausente modelo clásico y/o la producción en lengua extranjera de aquellos que emigraron en busca de la seguridad ontológica que "el idioma de los argentinos" no podía darles). Circunscribiendo ese centro vacío (en su momento vanamente "relleno" de criollismo) y llegando, sin adentrarse, hasta el puerto y los arrabales, se extendería la fértil llanura del paradigma borgeano; llanura esta desde donde se erige, entre otras referencias, el tan mentado universalismo de la literatura latinoamericana: un espacio "extraterritorial" de diccionarios en mano y de entusiasta (y nada ingenua) inserción en el mundo que se percibe a sí mismo cercado por las huestes incivilizadas de la "jerigonza portuaria", cuando no (en el caso de internarse aún más allá del arrabal y del campo) por la lisa, directa y

oscuro *Hinterland*. La literatura argentina legítima se presentaría, de esta manera, siempre marginal respecto a su imponible centro, aunque no deja de figurarse, al mismo tiempo, como una limpidez frente a la jerigonza; como, en fin, una barrera cosmopolita frente al “adentro exofónico” (Logie, 2020: s/p) o “amenaza” macarrónica que incuba en su interior.

Quizás porque todo mapa político es arbitrario Perlongher prefería hablar de “cartografías deseantes”. Renuentes a la ilusión de totalidad inherente a todo mapa hemos evadido superposiciones, reclamamos, “bárbaras” invasiones y “campanas de civilización” para señalar (siguiendo, pero a la vez matizando el ejemplar trazado glotopolítico ramiano en relación a la literatura latinoamericana), solo algunas de las acciones o maniobras sobre esta (imaginada) cartografía. Por cierto, por sobre aquellos dos puntos que afrontan y constituyen recíprocamente los puertos con los diccionarios, Xul contrabandea, Domecq barbariza, Porchia se corrige, Gombrowicz rejuvenece, Copi se desmadra (y amputa), Perlongher resbala, Willcock disuena, Bianciotti fetichiza, Gelman (se) calcina, Brizuela (des) embute a Alcoba y Molloy atraviesa, con pose de acusmática, su *shibboleth*. Más allá de cada una de estas operaciones que no deben ser consideradas como síntesis de las poéticas de cada uno de estos autores (sino más bien como dinámicas atinentes a los textos que han sido seleccionados), y atendiendo a que estos autores no han sido propuestos como “casos”, sino como derivas de cierta constitución de un campo literario específico en relación con la problemática de la alteridad lingüística, resta un atisbo de conclusión: aquella que diría que la tan mentada “extraterritorialidad argentina” no es tan solo producto de los desastres de la historia, sino fundamentalmente —y para volver a citar a Silviano Santiago (2004)— producto de un distintivo de clase frente al “cosmopolitismo del pobre”.

Bibliografía

- AA.VV. *Poesía gauchesca*. Edición, prólogo, notas y glosario de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. México, FCE, 1955.
- “Suplemento explicativo de nuestro ‘Manifiesto’. A propósito de ciertas críticas”. *Martín Fierro*. Segunda época, año 1, n. 8 y 9. Buenos Aires, agosto-septiembre 1924: 56.
- Adnan, Eitel. *Écrire dans une langue étrangère*. Tusson, LÉchoppe, 2014.
- Adorno, Theodor. “El ensayo como forma”. *Notas de literatura*. Traducción de Manuel Sacristán. Barcelona, Ariel, 1962: 11-36.
- Agambem, Giorgio. *Infancia e historia*. Traducción de Silvio Mattoni. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007 [1978].
- Aguilar, Nelson (org.). “Arthur Bispo do Rosario”. *Mostra do redescobrimento. Imagens do inconsciente*. São Paulo, Fundação Bienal de São Paulo, 2000: 204-245.
- Aira, César. *Copi*. Rosario, Beatriz Viterbo, 1991.
- Alcalde, Ramón. “Ilusiones de isleño”. *Sitio 3*. Buenos Aires, 1983: 52-59.
- Alcoba, Laura. *La casa de los conejos*. Traducción de Leopoldo Brizuela. Ira. Edición, tercera reimpression. Buenos Aires, Edhasa, 2009.
- *Manèges. Petite histoire argentine*. Paris, Gallimard, 2007.
- Alemán, Jorge. *Soledad: Común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.
- Amati-Mehler, Jacqueline; Argenti, Simona; Canestrì, Jorge. *A Barba do Inconsciente. Língua materna e línguas estrangeiras na dimensão psicanalítica*. Tradução de Cláudia Bachi. Rio de Janeiro, Imago, 2005 [1990].
- Améry, Jean. *Par-delà le crime et le Châtiment. Essai pour surmonter l'insurmontable*. Arles, Actes Sud, 1995.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 1993.